

## LA REVOLUCIÓN CULTURAL EN CHINA

JEAN BABY

LO MENOS que se puede decir es que, en términos generales, la Revolución cultural proletaria en China se comprende muy mal. Los informes tendenciosos, la voluntad de denigración, así como el carácter original de esta gran empresa, se unen para desorientar aun a aquellos que no están prevenidos en su contra.

El objetivo general de esta revolución —“transformar la fisonomía moral de toda la sociedad con el pensamiento, la cultura, los usos y costumbres nuevos y propios del proletariado”—<sup>1</sup> no constituye una novedad. Durante toda su vida, Marx dijo y repitió —y todos los marxistas auténticos lo dijeron después de él, en distintas formas— que el objetivo final de la revolución era transformar de cabo a rabo todas las enormes superestructuras que el espíritu humano había elaborado sobre la base de las condiciones materiales en que habían vivido en el pasado.

Sin embargo, sin que se haya expresado esto claramente, se pensaba en general que el cambio de la base económica debía llevar automáticamente a una transformación correspondiente de la conciencia. No se había emprendido ninguna investigación seria sobre las condiciones y la duración de este cambio.

También se pensaba que los jóvenes, viviendo en una sociedad de estructura socialista, después de haber recibido una educación escolar marxista, estarían a salvo de las contaminaciones de la ideología burguesa.

El análisis de las condiciones requeridas para la transformación de las estructuras mentales, de la ideología, fue obstaculizado por las condiciones en que se encontraba la Unión Soviética después de la muerte de Stalin. La acción de Stalin estaba dominada por la preocupación de consolidar lo más rápidamente posible el poder económico del país, de romper las oposiciones, de organizar y equipar un ejército capaz de defender el único Estado socialista cuando fuera atacado. Por lo tanto, los esfuer-

<sup>1</sup> Punto 1 de la resolución en 16 puntos del Comité Central del Partido Comunista Chino, el 8 de agosto de 1966.

zos de Stalin estuvieron encaminados sobre todo a una industrialización rápida, a la colectivización de los campos y al equipo militar. Se dio especial importancia a la obediencia y a la centralización más acabada. En esta búsqueda de la eficacia inmediata, Stalin insistió en el papel primordial de los cuadros ("los cuadros determinan todo"), les dio gran autoridad y los alentó por medio de ventajas materiales frecuentemente muy grandes. Eso debía llevar a la formación de una fuerza burocrática cuya fidelidad parecía estar garantizada por los privilegios y por las amenazas de represión.

El resultado no fue insignificante, puesto que la Unión Soviética fue capaz de resistir victoriosamente el día de la prueba; pero no fueron tratados seriamente los problemas relacionados con la transformación de la conciencia de los hombres.

Los dirigentes que asumieron el poder después de la muerte de Stalin, habían sido formados en su escuela, y por eso la denuncia de Stalin por Jruschov fue hecha en la tradición staliniana. Rompieron el aparato policíaco que los amenazaba (Beria y sus cómplices), llamaron la atención sobre los excesos de Stalin en la represión, pero, en vez de buscar sus causas profundas, echaron toda la culpa al "culto de la personalidad". En realidad, lo que querían era no hablar de sus propios errores, y consolidar su poder para que se adoptase una política exterior opuesta a la de Stalin, sin ver que era, precisamente en el campo de la política exterior, donde Stalin había demostrado tener la mirada más clara y el mayor grado de prudencia.

Lo que nos ocupará más especialmente aquí será la actitud de esos dirigentes en lo que se refiere a la conciencia de los hombres en la sociedad soviética.

Jrushov, al igual que Stalin, afirmó siempre que la revolución socialista estaba definitivamente asegurada en la Unión Soviética, que ya no podía haber lucha de clases, etc. Desde el XX Congreso, declaró: "El pueblo soviético cosecha los frutos de la profunda revolución cultural llevada a cabo en nuestro país", "la alianza indestructible de la clase obrera y del campesinado, forjada por el Partido, es la base de granito sobre la que descansa la unidad moral y política de toda la sociedad soviética". En el XXI Congreso, en 1959, dice: "El pueblo soviético, agrupado alrededor de su Partido Comunista, ha llegado a tales alturas, ha llevado a cabo transformaciones tan grandiosas,

que ahora le es posible a nuestro país abordar un nuevo período importante de su evolución, la de la edificación intensa de la sociedad comunista.” En el XXII Congreso, en nombre del Comité Central, Jruschov volvió a tratar el tema, añadiéndole algunas extrañas consideraciones teóricas: “Es natural que, desde el momento en que el socialismo entró en nuestro país, entera y definitivamente, y en que entramos en la construcción en grande del comunismo, las consideraciones que habían hecho necesaria la dictadura del proletariado han desaparecido, pues ya están cumplidas las tareas internas de esta dictadura.” Y un poco más adelante, expuso las tesis del “estado de todo el pueblo entero” y del “Partido de todo el pueblo entero”.

En julio de 1963, en respuesta a la carta con 25 puntos que le había mandado el Partido Comunista Chino, el Partido Comunista de la Unión Soviética contestó, entre otras cosas: “Ahora... el socialismo ha triunfado completa y definitivamente en nuestro país, ...construimos piedra por piedra el edificio resplandeciente del comunismo.”

Por fin, en septiembre del mismo año, la revista oficial del Partido, *Kommunist*, declaró:

Es evidente que en una serie de países socialistas, como China, quedan restos de las antiguas clases explotadoras; pero en lo que concierne a la Unión Soviética, donde la victoria del socialismo es completa y definitiva, esto pertenece a un pasado lejano. Sólo una ignorancia total de las relaciones reales que existen en la Unión Soviética puede explicar las alusiones que hacen las publicaciones oficiales chinas a un peligro de restauración del capitalismo. Hace ya treinta años que, después de la liquidación de la última y más numerosa clase explotadora, los focos internos de la restauración del capitalismo han sido aniquilados en la URSS.

No hay duda alguna de que, para Jruschov y sus sucesores —y para Stalin también— la persistencia de las clases sociales en la sociedad socialista no presentaba ninguna dificultad importante, que la ideología de clases debía desaparecer automáticamente con los progresos de la producción y que, por consiguiente, el problema de la Revolución cultural no tenía objeto. Esta opi-

nión fue adoptada sin discusión por la aplastante mayoría de los partidos comunistas y por la mayor parte de los gobiernos de las democracias populares.

El punto de vista de los comunistas chinos era diferente: Es esencial recordar que, en febrero de 1957, Mao Tse-tung pronunció uno de los discursos más importantes sobre "la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo". Contrariamente a la retórica hueca de Jruschov, subrayaba que la sociedad socialista llevaba consigo numerosas contradicciones, que enumeraba:

Las contradicciones en el interior de la clase obrera; las contradicciones en el interior del campesinado; las contradicciones entre los intelectuales; las contradicciones entre la clase obrera y la del campesinado; las contradicciones entre los obreros y los campesinos por una parte, y los intelectuales por la otra; las contradicciones entre la clase obrera y los demás trabajadores por una parte, y la burguesía nacional por la otra; las contradicciones en el seno de la burguesía nacional, etc.

Existen igualmente

las contradicciones entre los intereses del Estado y los intereses colectivos por una parte, y los intereses particulares por la otra; las contradicciones entre la democracia y el centralismo; las contradicciones entre ciertos trabajadores del Estado que practican un tipo de trabajo burocrático y las masas.

Mao Tse-tung daba la línea general para superar esas contradicciones progresivamente, e insistía en la importancia particular de *la lucha ideológica*, porque en la conciencia de los hombres es donde subsiste el espíritu de clases, aun cuando las bases económicas de la sociedad han sido cambiadas. Y añadía estas palabras proféticas:

La lucha de clases todavía no ha terminado. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, entre las distintas fuerzas políticas, y entre el proletariado y la burguesía

sía en el campo de la ideología, todavía será una lucha larga, sujeta a vicisitudes y, por momentos, podría incluso ser muy aguda. El proletariado trata de transformar el mundo según su propia concepción del mundo, en la misma forma que la burguesía. En este campo, la cuestión de saber quién va a ganar, el socialismo o el capitalismo, todavía no está verdaderamente resuelta.

Los dirigentes soviéticos no dieron la menor importancia a este análisis.

#### *La línea de masas*

Para hacer avanzar la revolución socialista, asegurar una buena dirección, desarrollar la producción, preparar y llevar a cabo la Revolución cultural, hay que permanecer fiel a lo que Mao Tse-tung ha llamado la línea de masas. Parte del principio según el cual "las masas populares están dotadas de un poder creador ilimitado. Son capaces de organizarse y de dirigir sus esfuerzos hacia todos los campos de todas las ramas en que pueden desplegar su energía" (Mao Tse-tung, 1955).

El papel del Partido es guiar a las masas gracias a la teoría y al método de análisis científico que da el marxismo-leninismo. El deber del Partido es no perder nunca de vista *la meta* a alcanzar: *la sociedad sin clases*, donde toda forma de opresión se haya vuelto imposible.

El Partido debe analizar continuamente la experiencia revolucionaria de todo el movimiento obrero para evitar la repetición de errores ya cometidos y esquivar las trampas que el enemigo no cesará de preparar; debe unir una fidelidad inflexible a los principios científicos del marxismo-leninismo y la conciencia de que la lucha política plantea incesantemente problemas nuevos, y que el marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción; debe aplicar sin debilidades el método de la crítica y de la autocritica, como único modo de corregir sus errores y sus insuficiencias.

En fin, debe ser modesto, pues no puede realizar nada por sí solo, puesto que nunca es más que el representante, la vanguardia, no sólo del proletariado, sino de todas las masas populares, que son las que hacen la historia ("El pueblo, y sólo el pueblo, es la fuerza motriz, el creador de la historia universal").

En consecuencia, la primera exigencia, la que impera sobre todas las demás, es *la unión del Partido con las masas*.

La característica esencial de las masas, en un régimen feudal o capitalista, es que están oprimidas. Quisieran deshacerse de lo que las oprime y, por lo tanto, son objetivamente revolucionarias. Al contrario, los que, por diversas razones, se aprovechan de la opresión de las masas y desean perpetuar los privilegios que sacan de ella, son objetivamente contrarrevolucionarios.

Sin embargo, las masas no tienen ni pueden tener conciencia clara de todo lo que es necesario para obtener su liberación, de las dificultades que hay que vencer, de las diversas etapas por las que hay que pasar. El papel del Partido, que tiene en sus manos el arma insustituible que es la ciencia marxista, es dirigir las y, para ello, conocer exactamente su situación y sus pensamientos, instruirse a su lado, teniendo en cuenta que el nivel de su conciencia varía según las clases y las capas sociales a que pertenecen, y seguir también sus costumbres nacionales y sus tradiciones. Sobre la base de estas *encuestas* constantemente renovadas, el Partido debe sistematizar las aspiraciones de las masas, sacar a relucir sus aspectos revolucionarios y proponerles actos que los dirigirán en la vía de su liberación.

Se establece así una doble corriente de educación indispensable para el movimiento revolucionario: el Partido se educa al lado de las masas y, recíprocamente, la conciencia de las masas se hace más clara en la acción práctica, gracias a los consejos dados por el Partido. La experiencia muestra si las directivas del Partido eran justas o más o menos justas. Por ese movimiento repetido indefinidamente de las masas al Partido y del Partido a las masas es como puede progresar la acción revolucionaria. Eso es lo que representa la línea de las masas.

Sucede a menudo que las masas populares son incultas, analfabetas; es evidente que se debe tener esto en cuenta al enfrentar y explicar los problemas políticos, pero eso no quita nada al poder creador de las masas, a las posibilidades de desarrollo ilimitado de su conciencia. Incluso se puede decir que en los países en que se supone que las masas son "cultas", es decir, que saben leer, escribir y contar, tienen algunas vagas nociones de historia, escuchan el radio y miran la televisión, su espíritu está, con frecuencia, más deteriorado, porque está más profundamente sometido a la ideología de la clase dominante.

Si los dirigentes del Partido, los cuadros, no comprenden que, a pesar de los conocimientos teóricos que han podido adquirir, su espíritu también está obstruido por todo un amontonamiento de costumbres tradicionales, que sufren constantemente la presión de la ideología y de las costumbres capitalistas que, en consecuencia, deben autoeducarse continuamente, gracias a un contacto íntimo con las masas y sobre todo, gracias a la práctica de un trabajo manual productivo, si llegan a sentir impaciencia, o aun desprecio hacia las masas “incultas”, se dejarán llevar a métodos autoritarios que no harán más que frenar el proceso de liberación de las masas y constituirán un obstáculo para ellos mismos.

De hecho, los cuadros dirigentes están constantemente amenazados por un doble peligro: el autoritarismo y el borreguismo. El autoritarismo es el defecto de los que quieren imponer su voluntad por medio de medidas administrativas, sin tomar en cuenta el nivel de conciencia real de las masas; el borreguismo consiste en colocarse, por ignorancia, al remolque de las masas menos evolucionadas, lo cual equivale a renunciar al papel dirigente en el Partido. Escuchemos a Mao T'se-tung:

Desde hace más de 20 años, nuestro Partido lleva a cabo cada día un trabajo de masas y, desde hace unos diez años, habla cada día de la línea de masas. Siempre hemos sostenido que la revolución debe apoyarse en las masas populares y contar con la participación de todos y cada uno, y siempre nos hemos opuesto a que se parta exclusivamente de algunas personas que dan órdenes. Sin embargo, algunos camaradas todavía no aplican a fondo la línea de masas en su trabajo; todavía cuentan sólo con un pequeño número de personas y trabajan en un frío aislamiento. Una de las razones de esto es que, hagan lo que hagan, les repugna explicarlo claramente a los que dirigen, y que no saben cómo desarrollar la iniciativa y la fuerza creadora de estos últimos. (1948.)

Si males como el dogmatismo, el empirismo, el autoritarismo, el borreguismo, el sectarismo, la burocracia, la presunción en el trabajo, son absolutamente nocivos e inadmisibles, si los que sufren de ellos se deben a sí mismos el

vencerlos, es porque estos males provocan una ruptura con las masas. (1945.)

\* Sólo permaneciendo rigurosamente fiel a la línea de masas se puede empezar —conforme a las exigencias de la teoría marxista— a llenar poco a poco las lagunas que separan el trabajo intelectual y el trabajo manual, el trabajo industrial y el trabajo agrícola, la ciudad y el campo; sólo así se llegará progresivamente a suprimir “la avasallante subordinación de los individuos a la división del trabajo” (Marx), a abolir todas las barreras de clase y, finalmente, a la muerte total del Estado.

El hecho de que todo esto representa una tarea larga, ardua, marcada por vacilaciones y aun por fracasos inevitables, es bastante evidente para que sea necesario insistir. Pero se debe subrayar lo absurdo que es imaginar que esta evolución se hará por sí misma, de modo regular, sin choques y conflictos, por el simple juego de los progresos económicos. Es una ilusión idealista que nada tiene que ver con el marxismo, y que implica los más graves peligros.

#### *La cuestión de las clases en la sociedad socialista*

Uno de los errores de Stalin fue creer que después de la liquidación de los *kulaks*, que representaban la clase capitalista más numerosas en la Unión Soviética, los antagonismos de clase prácticamente habían desaparecido. Creyó, en 1936, que la lucha de clases en la Unión Soviética estaba esencialmente terminada. En su informe sobre el proyecto de Constitución, declara:

Así, la victoria total del sistema socialista en todas las esferas de la economía nacional es, a partir de ahora, un hecho cierto. . .

Estos cambios en la economía de la URSS han provocado cambios en la estructura de clases de nuestra sociedad.

Se sabe que la clase de los grandes propietarios de tierras ya había sido liquidada como consecuencia de nuestra victoria final en la guerra civil. Las demás clases explotadoras han corrido la misma suerte. Ya no hay clase de los capitalistas en la industria. Ya no hay clases de los *kulaks* en la agricultura. Ya no hay mercaderes y especuladores en

el comercio. De modo que todas las clases explotadoras han sido liquidadas. . .

¿Qué comprueban estos cambios?

Comprueban, primeramente, que los límites entre la clase obrera y el campesinado, al igual que entre estas clases y los intelectuales, se borran, y que desaparece el viejo exclusivismo de clase. Esto significa, pues, que la distancia entre estos grupos desaparece cada vez más.

Comprueban, en segundo lugar, que las contradicciones económicas entre estos grupos sociales caen, se borran.

Comprueban, en fin, que caen y se borran igualmente las contradicciones políticas que existen entre ellos.

Así, en la visión de Stalin, puesto que habían sido suprimidos los antagonismos de clase, si el poder soviético encontraba oposiciones sólo podía ser a causa de elementos degenerados corrompidos por el extranjero; de ahí los procesos de Moscú, donde los acusados lógicamente debían ser presentados como “espías, sabotadores y asesinos” en contacto regular con las potencias extranjeras.

Esta simplificación, estos errores, que costaron caro a la Unión Soviética, disfrazaron la situación real de las clases en la sociedad soviética, y favorecieron el nacimiento de una nueva clase de funcionarios burócratas, cuyas posiciones nada tenían que ver con esa sociedad armoniosa que Stalin creía haber organizado.

Al denunciar a Stalin como lo hizo en el XX Congreso, Jruschov disimuló voluntariamente el peligro principal que amenazaba, desde dentro, al desarrollo socialista de la Unión Soviética, a saber, la ascensión de una nueva burguesía, ávida de privilegios, tanto más exigente cuanto que ya no tenía que temer las represiones brutales de la época de Stalin. Después, las reformas improvisadas de Jruschov con miras a la descentralización, en la agricultura, la ilusión de que las debilidades económicas podían ser superadas por simples medidas administrativas, contribuyeron a aumentar todavía más la capa burocrática dentro y fuera del Partido, de suerte que se convirtió en una verdadera clase burguesa dirigente, cuyos miembros estaban unidos por lazos de interés recíproco, por una verdadera complicidad, con los dirigentes de la URSS. Fue así como se disten-

dieron, por no decir que fueron totalmente cortados, los lazos del Partido con las masas.

Esta situación llevaba inevitablemente al abandono de la dictadura del proletariado, que dejaba el sitio libre a la dictadura del Partido, apoyada por la nueva clase burguesa, *sobre* el proletariado y las masas populares en general.

No era menos inevitable que en el transcurso de esta evolución la búsqueda de los intereses materiales inmediatos, tanto en los campesinos como en los obreros y en los intelectuales, tomara la primacía sobre las virtudes socialistas de desinterés, de solidaridad, de ardor en el trabajo. Lejos de oponerse a esta tendencia, los dirigentes soviéticos no cesaron, durante todo este período, de enaltecer los méritos del interés material y, finalmente, de poner en primer plano la búsqueda del beneficio como motor del desarrollo económico (teorías de Liberman y asociados).

Esto es lo que los chinos llaman *la vía capitalista*; y no se le puede dar otro nombre, pues entre el capitalismo y el socialismo no hay un tercer camino. Los que retroceden ante las exigencias de la edificación socialista acaban, después de una evolución más o menos larga, por volver al capitalismo, con todos sus horrores, aun si las formas exteriores están modificadas.

Esto es lo que está en juego en la revolución cultural: la elección entre la degeneración y la marcha valerosa —difícil sin duda, pero es la única que puede liberar a los hombres de la violencia y la opresión— hacia el perfeccionamiento de la revolución socialista y el paso al comunismo.

La fijación de una línea política justa para edificar la sociedad socialista y preparar el paso al comunismo depende, según las enseñanzas más indiscutibles del marxismo y del leninismo, del análisis de las clases y de las fuerzas de que éstas disponen en una sociedad en que el poder de los capitalistas y de los propietarios de tierras ha sido destruido, aniquilado, pero donde no por ello ha desaparecido, y donde la conciencia de los hombres está todavía marcada por los “estigmas” —como decía Marx— de la sociedad de que han surgido. Hemos visto que este análisis no fue logrado por Stalin, y que sus sucesores nada hicieron para corregir este error.

La posición del Partido Comunista Chino siempre fue opuesta. La revolución en China fue tan profunda como en la Unión

Soviética y si, por razones tácticas perfectamente razonables que permitieron evitar represiones inútiles, cierto número de capitalistas nacionales fueron autorizados a conservar temporalmente algunos derechos de propiedad y algunas ventajas materiales —en compensación de los servicios que podían prestar en la producción y el intercambio—, no representaban por ello un peligro, pues eran hábilmente controlados por el Estado, sin poder acumular capital ni aumentar sus ganancias.

El peligro no estaba ahí. Estaba, y todavía está, en la conciencia de aquellos que, habiendo aprobado las primeras etapas de la revolución porque habían dado a China su independencia y su prestigio internacional, conservaban sus antiguas ideas, sus antiguas costumbres transmitidas a través de los siglos, y aun de los milenios.

En este campo el comportamiento de las clases y capas sociales particulares no es el mismo. Los antiguos capitalistas, los antiguos propietarios de tierras sueñan naturalmente, si no con volver a una etapa en que China era constantemente saqueada y humillada, al menos con volver a una etapa en que el capitalismo pudiera desarrollarse libremente en el marco nacional.

En lo que se refiere al campesinado, si el Partido insiste sin cesar en la necesidad de apoyarse en cualquier circunstancia sobre los campesinos pobres y la capa inferior de los campesinos medios, es porque la capa superior de los campesinos medios y los campesinos acomodados sueñan, más que los otros, con ser o volver a ser propietarios libres de vender y comprar tierras, libres de emplear la mano de obra asalariada, libres de especular sobre el precio de las mercancías.

Por su parte, un gran número de intelectuales, formados por la cultura china tradicional, o influidos por los ejemplos extranjeros, recuerdan con nostalgia el tiempo en que los mandarines, los simples funcionarios, formaban una casta privilegiada que despreciaba el trabajo manual y a los que lo realizan.

Además, los cuadros del Partido y dirigentes subalternos, apoyados por la autoridad de que goza el Partido comunista en el país, podían estar inclinados a instalarse en sus funciones, a abusar de su poder, a buscar privilegios materiales, a resguardarse contra posibles competidores.

Todas esas tendencias atestiguan la persistencia del espíritu de la clase en el orden de las superestructuras. Demuestran que

la lucha de clases, en el campo de la ideología, no puede ser abandonada un solo momento; demuestran también que queda por hacer un inmenso trabajo para tocar al hombre "en lo más profundo que tiene". Éste es el significado esencial de la Revolución cultural. Por ahí comienza la decisión del Comité Central del PCC del 8 de agosto de 1966.

La gran Revolución cultural proletaria que se está llevando a cabo es una gran revolución que toca al hombre en lo más profundo que tiene. Representa *una nueva etapa* (el subrayado es mío. J. B.), marcada por una mayor profundidad y amplitud del desarrollo socialista de nuestro país. . .

- Aunque esté derrocada, la burguesía intenta corromper a las masas y conquistar su corazón por medio del pensamiento, de la cultura, de los usos y costumbres antiguos de las clases explotadoras, con miras a su restauración. . . En el momento actual, nuestro fin es combatir y aplastar a los que detentan puestos directivos pero han tomado la vía capitalista, criticar a las "autoridades" académicas reaccionarias de la burguesía, criticar la ideología de la burguesía y de todas las demás clases explotadoras, y reformar la educación, la literatura, el arte y todas las demás ramas de la superestructura que no corresponden a la base económica socialista, todo ello para contribuir a la consolidación y al desarrollo del sistema socialista.

### *La dictadura del proletariado*

La revolución cultural proletaria es en su esencia una lucha de clases y, por consiguiente, deriva de la dictadura del proletariado.

El concepto y la teoría de la dictadura del proletariado son puntos esenciales de la doctrina marxista; no toleran ninguna escapatoria.

Recordemos que Marx, en su célebre carta a Weydemeyer, en 1852, declaraba con la mayor claridad que no tenía "el mérito de haber descubierto la existencia de las clases. . . ni el de haber descubierto sus luchas entre sí", pero que, en cambio, él era quien había *demostrado* "que la lucha de clases lleva nece-

sariamente a la dictadura del proletariado” y “que esta dictadura no es más que la transición hacia la supresión de todas las clases y a la sociedad sin clases”.

Lenin, en *Estado y Revolución*, añadía:

Limitar el marxismo a la lucha de clases es cortarlo, deformarlo, reducirlo a lo que es aceptable para la burguesía. Sólo es marxismo el que *extiende* el reconocimiento de la lucha de clases hasta el reconocimiento de *la dictadura del proletariado*. . . Con esta piedra de toque se deben probar la comprensión y el reconocimiento *efectivos* del marxismo. (El subrayado es de Lenin.)

Cuando la burguesía está en el poder, ejerce su dictadura por todos los medios materiales (el dinero, la violencia) y espirituales, incluyendo, desde luego, las instituciones democráticas que disimulan y facilitan su dictadura. Cuando el proletariado ha derrocado a la burguesía, ejerce su dictadura para reprimir los intentos de restauración del poder capitalista y para edificar una sociedad donde todo lo que representa la base económica y el espíritu de clase en la conciencia de los hombres debe desaparecer. Esta es la prueba de que Jruschov y sus sucesores abandonaron, o mejor dicho, renegaron del marxismo al declarar que la dictadura del proletariado ya no tenía caso en la Unión Soviética.

Las formas de la dictadura del proletariado son muy variadas; está formada tanto por la violencia, cuando es indispensable, como por la persuasión, la educación, la ayuda mutua; eso depende de la actitud del adversario.

La dictadura del proletariado sólo puede acabar cuando se organiza definitivamente la sociedad sin clases, sin espíritu de clase.

Si no se quiere abandonar la vía revolucionaria se debe proclamar, sin la menor concesión, que la dictadura del proletariado es la condición indispensable para llevar a cabo y hasta sus últimas consecuencias la revolución socialista, hasta la etapa superior del comunismo. Entonces, y sólo entonces, habrá perdido su razón de ser y desaparecerá por sí misma, al mismo tiempo que el Estado y toda forma de coerción; al mismo tiem-

po, además, que las diferencias entre el trabajo manual e intelectual, la ciudad y el campo.

Con demasiada frecuencia no se comprenden el significado de la dictadura del proletariado, de su contenido y de su objetivo; eso es bien evidente. La burguesía tiene gran interés en presentar este concepto bajo la imagen material del "hombre con el cuchillo entre los dientes".

Para el gobierno de un país socialista, una tarea política permanente y fundamental es cuidar el mantenimiento y la consolidación de la dictadura del proletariado, vigilar su buen funcionamiento y todas las formas que pueda tomar su acción. Equivale a poner la acción política en el puesto de mando como factor determinante de todas las demás actividades económicas y culturales. Si se rehusa reconocer esta necesidad, si se hacen esfuerzos por disfrazarla, se cae inevitablemente en el oportunismo, se entra "en la vía del capitalismo".

Precisamente porque siempre han tenido conciencia de esta necesidad, los comunistas chinos han estudiado con la mayor atención toda la experiencia de la dictadura del proletariado, sus méritos y sus debilidades. Recordemos que publicaron, después de la muerte de Stalin, dos estudios capitales cuyos títulos son justamente: "De la experiencia histórica de la dictadura del proletariado" y "Más sobre la experiencia de la dictadura del proletariado".

Conviene añadir que una aplicación justa de la dictadura del proletariado exige un desarrollo de la democracia para las masas trabajadoras, es decir, una participación cada vez más activa y consciente en todas las actividades políticas de la aplastante mayoría de la población.

Esta democracia ya no debe ser formal, como la democracia burguesa, sino real, es decir, llevar implícito sobre todo el derecho de criticar todos los cuadros dirigentes que, por su parte, tienen la obligación de escuchar estas críticas, de contestarlas y de reconocer los errores cometidos.

En el caso particular de la actual Revolución cultural, el Partido dio las líneas directivas generales para indicar a las masas lo que debía ser esta revolución por medio de ese documento notable, y realmente histórico, que es la resolución en 16 puntos del Comité Central, del 8 de agosto. Cumplió así su papel de guía.

Además, dio a las masas los medios materiales para poner en marcha esta revolución: es decir, transportes gratuitos, habitación y comida gratuitos, las cantidades de papel y tinta necesarios para difundir carteles, el derecho de realizar investigaciones en todos los servicios, de utilizar los periódicos, de utilizar libremente los lugares de reunión, etc. El papel del Partido, una vez iniciado el proceso, se limita a dar consejos para corregir los errores, orientar la acción y sacar de ella las enseñanzas generales, pero todo ello sin poner obstáculo a la libertad de acción de las masas que se habían puesto en movimiento.

Esta democracia no tiene precedentes en ningún país socialista y, con más razón, en ningún país capitalista. Sólo es posible cuando la conciencia política de las masas ha alcanzado cierto nivel y cuando el Partido dispone de una autoridad indiscutible, materializada en China por la confianza en el pensamiento del presidente Mao.

Claro que no se puede hacer todos los días una revolución de esta envergadura, pero es necesaria para pasar una etapa y derribar obstáculos que, al acumularse, podrían comprometer el porvenir de la revolución.

### *Una revolución*

La Revolución cultural es una revolución porque es una lucha de clases entre las posiciones ideológicas que la hurgue-sía conserva en la mente de los hombres, y la ideología proletaria que, después de largos años de régimen revolucionario, está sólidamente arraigada en las masas populares. Es pues, una lucha de carácter antagónico entre la burguesía y el proletariado, pero en un plano distinto de la lucha llevada a cabo en la primera fase de la revolución para arrebatar los principales medios de producción a los grandes propietarios de tierras y a los capitalistas.

El Partido Comunista Chino define esta revolución como una lucha por el poder, y esta fórmula todavía mal comprendida, puesto que la primera fase de la revolución consiste precisamente en arrancar el poder a la burguesía y al feudalismo. Pero si en el Partido y en los distintos organismos del Estado se han introducido hombres que conservan comportamientos

o costumbres de pensamiento propios de la burguesía, ejercen de hecho una parte del poder y constituyen un peligro real para el porvenir. Y esto no es todo, pues en el espíritu mismo de los revolucionarios coexisten una ideología proletaria, frecuentemente imperfecta, y costumbres de pensamiento, comportamientos que los atan al pasado. Es necesario que, en la mente de esos hombres, el poder de las ideas proletarias venza definitivamente a la influencia de las antiguas ideas. Sólo en la lucha activa, en la práctica revolucionaria, y sólo así, podrá este dominio de las ideas proletarias imponerse definitivamente, en todos los niveles.

La audacia, la clarividencia y también la sabiduría del Partido Comunista Chino es haber comprendido por qué proceso podían todas las masas populares ser llevadas al combate. Si los estudiantes y los profesores revolucionarios han sido los primeros en iniciar la lucha, fue sobre todo porque los adversarios, escondidos o declarados, conscientes o inconscientes, del desarrollo de la Revolución socialista eran particularmente activos en el campo de la enseñanza, del periodismo, de la literatura y de las artes. La actividad crítica de los jóvenes intelectuales es lo que creó las Guardias Rojas, y el aliento del Partido es lo que ha dado a este movimiento la amplitud que se conoce.

Los jóvenes tenían además la ventaja de ser los menos apegados a las costumbres antiguas y, por consiguiente, de estar en mejor posición para comprender la importancia histórica de la Revolución cultural.

En fin, no habiendo vivido el período revolucionario hasta 1949, tenían la necesidad de aprender, por la actividad práctica, el contenido de una revolución: las fuerzas que se deben combatir y los medios de hacerlo, las resistencias inevitables de los adversarios, los errores que deben evitar en sus propias filas, etc. Debían aprender a volverse auténticos revolucionarios, enriquecidos tanto por el estudio y por la reflexión teórica como por la experiencia, para estar en condiciones de continuar la construcción del socialismo cuando sus mayores hayan desaparecido.

Si los jóvenes estudiantes fueron la vanguardia del movimiento de las masas en favor de la Revolución cultural, esto no significa que sean su fuerza esencial. La revolución sólo

puede alcanzar toda su amplitud cuando arrastra a las masas de obreros, campesinos y soldados. Este proceso no ha dejado de afirmarse y de desarrollarse desde hace un año.

Conviene decir algunas palabras sobre el papel del ejército. Sólo comprende una pequeña fracción de la población china —se dice que alrededor de dos millones y medio— pero es la punta de lanza de la dictadura del proletariado y, por esto, puede desempeñar un papel capital para dar ayuda a la acción revolucionaria de las masas e impedir que se desarrollen disturbios graves.

En el ejército, precisamente, es donde ha sido llevada al primer plano la educación política, con la ayuda del famoso “librito rojo”, por la participación de los soldados en todas las formas de actividad económica, por la abolición de los grados, por la práctica constante de la crítica y de la autocrítica, y la participación regular de los cuadros en las actividades de los soldados.

En fin, el guía supremo de la revolución cultural es “el pensamiento de Mao Tse-tung”. Los que no comprenden, o no quieren comprender nada de lo que sucede en China, ironizan sobre el culto a Mao Tse-tung, sobre la importancia dada al “librito rojo” donde están reunidos algunos extractos esenciales de su obra. Para el que quiera tomarse el trabajo, o darse el gusto, de leerlo cuidadosamente, es fácil ver que es un notable instrumento de reflexión, en el que están reunidas las observaciones más importantes —de valor universal— de un hombre cuya experiencia revolucionaria es incomparable y cuyo conocimiento del marxismo-leninismo es exhaustivo. La asimilación de estos textos profundos y de forma sencilla es una garantía decisiva contra los errores peligrosos en la acción revolucionaria. Al mismo tiempo constituyen un aliciente para emprender estudios teóricos más completos.

Desde que la Revolución cultural se ha puesto en marcha sobre un frente amplio, la prensa occidental y la prensa soviética han llevado a cabo una campaña de calumnias y de informes tendenciosos. Se ha hablado de guerra civil, de desorganización de la vida económica, de ajustes de cuentas entre dirigentes, de histeria nacionalista, etc. Sin embargo, todas esas “noticias” sensacionales han sido desmentidas o llevadas a proporciones más justas.

En primer lugar, nunca ha habido peligro de guerra civil. Ha habido resistencias —si no las hubiera habido la Revolución cultural no hubiera sido necesaria— pero el Comité Central del Partido lo había previsto y anunciado. En efecto, se puede leer en el punto 2 de la decisión del 8 de agosto:

Por el hecho de que la resistencia es bastante fuerte, la lucha conocerá flujos y reflujos, incluso reflujos repetidos. Sin embargo, estos flujos y reflujos no tienen nada de nocivo. Permiten al proletariado y a las demás clases trabajadoras hacer sus pruebas y sacar lecciones y experiencias, y los ayudarán a comprender que la vía revolucionaria es tortuosa y que en ella no faltan los obstáculos.

La vida económica no ha sido desorganizada, a pesar de algunos paros en ciertas ciudades. Esos incidentes han sido muy instructivos, pues permitieron revelar los peligros del “economismo”, es decir, la tendencia de algunos cuadros a poner en el primer plano el interés material que amenazaba con seducir y corromper a elementos obreros y campesinos insuficientemente educados desde el punto de vista político. Los adelantos de la revolución garantizan una mejora de las condiciones de existencia de todo el pueblo, pero exigen, en cambio, que cada trabajador tenga como regla moral servir al pueblo y no obtener una situación privilegiada que, tarde o temprano, conduciría a un regreso hacia el capitalismo.

El economismo es un retroceso hacia las viejas costumbres, cuando cada uno no pensaba más que en sí mismo; en un país socialista, es el punto de partida hacia la vía capitalista. En China el economismo ha sido utilizado en este período por dirigentes que, a pesar de sus palabras, no aceptaban la Revolución cultural y trataban de atraer de su lado a los trabajadores para que los protegieran contra las críticas. El ejemplo de lo que sucedió en Shanghai a fines de 1966 y en los primeros meses de 1967 aclara bien este punto.

Al luchar contra el economismo, la Revolución cultural no debe tener como resultado frenar la producción, sino al contrario, darle un impulso nuevo. Es lo que dice expresamente el punto 14, y que ya parece estar confirmado por la experiencia:

La gran Revolución cultural tiene como objetivo la “Revolucionarización” del pensamiento del hombre, para que, en todos los campos del trabajo, se puedan obtener resultados mejores en cuanto a la cantidad, la rapidez, la calidad y la economía...

La gran Revolución cultural proletaria constituye una poderosa fuerza motriz en el desarrollo de la fuerza productiva social de nuestro país. Es erróneo oponer la gran Revolución cultural al desarrollo de la producción.

También se ha dicho que la Revolución cultural detenía los estudios y desorganizaba la enseñanza. El cierre temporal de las escuelas secundarias y de las universidades causó, por cierto, algunas perturbaciones; pero la crítica mostró precisamente que la enseñanza general dada a la juventud muy frecuentemente no sólo era formalista, pasada de moda, fundada en valores que la sociedad socialista debe rechazar, sino también tendenciosa y políticamente peligrosa. Se vio rápidamente que los métodos y el contenido de la enseñanza debían ser transformados, con un espíritu revolucionario. El trabajo necesario para llegar a este fin se está llevando a cabo, y los cambios permitirán a los jóvenes recuperar un tiempo que, de todos modos, no habrá sido perdido. En efecto, durante esos meses de “vacaciones” su conciencia política habrá realizado grandes progresos, y el tiempo que pasaron en contacto con los obreros y los campesinos les habrá dado conocimientos concretos que no podía traerles por sí sola la enseñanza escolar.

Si tomamos el ejemplo de Francia, diré que todos los que conocen el contenido y los métodos de nuestra enseñanza, los resultados que obtiene, el espantoso despilfarro y las mutilaciones intelectuales que causa, deberían comprender que los cambios que serían necesarios no tienen que ver con medidas administrativas, sino que supondrían un cambio total, de tipo evolucionario. Sabemos perfectamente que esto es imposible en el marco de nuestra sociedad. Pero el día en que, después de la revolución, este ordenamiento sea factible, habrá que tomar medidas tan enérgicas como las empleadas hoy en día por China. Y si para ello es necesario interrumpir el curso de los estudios durante un año, los progresos posteriores serán más rápidos.

*La elección del momento*

Entre las numerosas preguntas que plantea la Revolución cultural, todavía hay una a la que se debe tratar de contestar.

¿Por qué se desarrolló la revolución en un momento en que la situación económica de China era universalmente considerada como muy satisfactoria; y en el momento en que la amenaza de una agresión norteamericana se hacía más fuerte? ¿Y por qué ha agravado la Revolución cultural las relaciones con los dirigentes soviéticos?

Todos los elementos, aparentemente distintos, de esta pregunta, se unen, y por ello conviene examinarlos en sus relaciones recíprocas.

Los éxitos logrados en el orden de la producción debían normalmente incitar a algunos cuadros a pensar que, puesto que se habían hecho los cambios esenciales, había llegado la hora de instalarse cómodamente en los puestos que ocupaban, de reforzar su autoridad para ponerla a salvo de la competencia o de críticas desagradables.

Esta tendencia a detenerse en el camino, a hacer una pausa, en realidad a poner los intereses individuales "en el puesto de mando", no es un hecho excepcional, sino al contrario, común y corriente, del cual la historia da numerosos ejemplos. Es el camino que siguieron los termidorianos, el de los dirigentes soviéticos después de la muerte de Stalin. Pero en política, más que en cualquier otro campo, detenerse significa retroceder.

Mao Tse-tung, como Lenin en Rusia, siempre subrayó que la Revolución china no era más que un destacamento del movimiento revolucionario internacional, que de ella se infería la obligación de acudir en ayuda de los pueblos que luchaban contra el imperialismo y de continuar sin vacilaciones la revolución en China. Los que quieren instalarse en las posiciones conquistadas, que piensan y actúan como egoístas, están condenados a degenerar.

Parece cierto hoy en día que esta esclerosis, esta tendencia al aburguesamiento, representaba ya un peligro para el porvenir de la Revolución china. Mejor que nosotros, los dirigentes estaban en posición de apreciar su importancia, y si decidieron acudir a la acción de las masas en ese momento, sin duda fue

porque pensaron que el peligro podía ser amenazador y, por otra parte, que la conciencia revolucionaria de una gran parte de la juventud era suficiente para iniciar la lucha. Un juicio desde fuera no puede ser más que erróneo. Sólo los resultados dirán si el juicio del Partido fue justo. Tan sólo se puede observar que en todas las circunstancias el Partido Comunista Chino ha dado muestras de una notable prudencia táctica, y que nunca ha demostrado ser aventurero. Parece pues difícil imaginar que haya podido perder bruscamente el sentido de las realidades.

En cuanto a saber si la Revolución cultural debilita la fuerza de China frente a las amenazas americanas, también hay que juzgar los acontecimientos desde el punto de vista revolucionario. Si la Revolución cultural tiene como efecto hacer a un lado los elementos inestables o degenerados que podían comprometer la unidad de combate del pueblo chino, la consecuencia normal debe ser el refuerzo de esta unidad y, por consiguiente, el aumento de la capacidad de defensa. Esto es lo que declaró el Ministro de Asuntos Exteriores Chen Yi, cuando dijo:

El pueblo chino no se hace ilusiones en lo que se refiere al imperialismo americano. Estamos listos desde hace mucho. La Revolución cultural china es, en sí misma, la medida más vasta y mejor para prevenir la guerra (*Le Monde*, 7/2/1957).

Estas palabras son importantes. En el momento en que el imperialismo norteamericano —empantanado en una guerra que no puede ganar, arrastrado a nuevas complicaciones en el Cercano Oriente—, deja ver cada vez más sus debilidades, era lógico pasar a una nueva etapa de la revolución para aumentar el poder moral y material del pueblo chino. Los norteamericanos no se engañan. Saben perfectamente que no hay guerra civil en China, que el país no está debilitado, que sería cada vez más imprudente atacarlo. De modo que la Revolución cultural es un acto de primera importancia para la defensa de a paz. Es una característica esencial que no se conoce lo suficiente.

Y esto nos lleva al tercer aspecto de la pregunta que hemos planteado: las relaciones con la Unión Soviética.

A primera vista, parece ilógico tratar sin consideraciones a los dirigentes soviéticos en el momento en que China está bajo la amenaza de guerra nuclear norteamericana. ¿No hubiera sido más sabio buscar una atenuación de los desacuerdos sobre la base de las palabras pronunciadas por los dirigentes soviéticos durante los últimos años: "Lo que nos une es más fuerte que lo que nos separa"?

Es necesario comprender que esa hubiera sido para China la más peligrosa de las actitudes. Decir que "lo que nos une es más fuerte que lo que nos separa" equivale a pedir que se reconozca implícitamente que los dirigentes soviéticos han permanecido fieles al marxismo-leninismo y que, a pesar de sus "errores", respetan los principios del internacionalismo proletario, es decir, la solidaridad sin reservas entre los países socialistas. Pero la realidad es diferente.

No es necesario recordar todas las etapas de los desacuerdos que han opuesto los dirigentes del Partido soviético a los del Partido chino; basta con subrayar algunos hechos indiscutibles:

1) Los dirigentes soviéticos, después de la muerte de Stalin, rechazaron formalmente principios fundamentales del marxismo-leninismo y, en primer lugar, la necesidad de mantener la dictadura del proletariado. Ya hemos visto la importancia de esto.

2) Al decidir, bajo el disfraz de "la coexistencia pacífica", acercarse al imperialismo norteamericano, los dirigentes soviéticos renegaron de los compromisos solemnes contraídos en las conferencias de 1957 y 1960, que obligaban a todos los partidos comunistas a reconocer al imperialismo norteamericano como el enemigo número uno de todos los pueblos. A pesar de sus consecuencias nefastas, la política de entendimiento con el imperialismo norteamericano no ha dejado de afirmarse, incluso cuando está oscurecida por acontecimientos tan graves como la guerra de Vietnam. Todos los periodistas un poco informados lo reconocen fácilmente.

3) En 1959 y en 1960 los dirigentes soviéticos, con Jruschov a la cabeza, trataron de romper la independencia de China y de paralizar su desarrollo: primero, al denunciar unilateralmen-

te el acuerdo sobre la fabricación de armas nucleares; después, al retirar sin aviso previo a todos los ingenieros y técnicos soviéticos que trabajaban en China en virtud de compromisos muy precisos; por fin, al exigir el pago integral de todo lo que había podido ser entregado a China, en un momento en que las dificultades económicas, causadas sobre todo por una serie de calamidades de naturaleza excepcional, eran muy grandes.

4) A partir de 1960, las campañas antichinas llevadas a cabo por el Partido Comunista de la Unión Soviética, fueron cada vez más insolentes, con el apoyo de los partidos comunistas acostumbrados a someterse a las órdenes de Moscú. La intención de Jruschov era que esta campaña antichina, fuese coronada por una conferencia internacional que pronunciara la excomunión solemne del Partido Comunista Chino.

5) Después de la caída de Jruschov, en octubre de 1964, los dirigentes del PCC intentaron, por medio de las gestiones personales de Chou En-lai en Moscú, tratar de que los dirigentes soviéticos abandonaran la línea política general que habían seguido desde 1959; pero se encontraron con una negativa formal.

No menciono las gestiones más recientes en el Japón, en Mongolia exterior, en la India, aun en Indonesia, que tienden a la empresa imposible de aislar a China, conforme a los deseos del imperialista norteamericano.

Frente a esta actitud hostil permanente, el Partido Comunista Chino, durante casi diez años, defendió las posiciones marxista-leninistas por medio de una argumentación muy precisa, conservando siempre la esperanza de que los dirigentes soviéticos acabarían por reconocer que su línea general era errónea. No obtuvieron nada, a no ser insultos.

Sin embargo, los acontecimientos les han dado la razón: el abandono de los principios marxista-leninistas ha llevado a la Unión Soviética a alejarse cada vez más de la vía socialista y a permitir el desarrollo de una situación interior que alegra a todos los gobiernos capitalistas. Para ellos, en la actualidad, la Unión Soviética ya no es un país revolucionario, con las repercusiones que eso implica, sino un país como los demás, con el que se pueden arreglar negocios fructuosos. La Unión Soviética se ha aburguesado, todos los visitantes pueden darse

cuenta de ello, y todos los vicios del mundo capitalista reaparecen y se desarrollan poco a poco.

Desde el punto de vista de la guerra y la paz, los acontecimientos también han confirmado lo que decían los comunistas chinos. La "coexistencia pacífica" no ha disminuido la agresividad del imperialismo norteamericano; la propaganda para el desarme, que se ha querido enfocar como centro de la actividad de los partidos comunistas, fue coronada por un fracaso total. El Movimiento de la Paz, iniciado por los soviéticos, reunió muchas buenas voluntades y hubiera podido ser útil de no haber estado limitado por los imperativos de la política soviética y los tabúes de la así llamada coexistencia pacífica, se volvió un organismo sin vida que ya nadie toma en serio, pero que obstaculiza las acciones verdaderas en favor de la paz.

Y hay algo todavía más grave: al abandonar los principios marxista-leninistas, los dirigentes soviéticos *desorganizaron completamente* el movimiento comunista internacional. Todas las tendencias burguesas o pequeñoburguesas se desarrollaron en casi todos los países de democracia popular. Con más o menos rapidez, cada uno de esos países ha limitado sus horizontes a sus preocupaciones nacionales estrechas e inmediatas, arreglándose como podía para resolver sus dificultades internas, abandonando toda perspectiva revolucionaria puesto que la Unión Soviética misma había renunciado a ella.

En cuanto a los partidos comunistas de los países capitalistas, encerrados entre las barreras del "paso pacífico al socialismo", resbalaron rápidamente por la pendiente de la socialdemocracia y volvieron a establecer con honor, en el "puesto de mando", las peores tradiciones electoralistas.

Después de tales resultados, es normal que el Partido Comunista Chino haya querido fijar sin ambigüedades la barrera infranqueable que lo separa de los dirigentes soviéticos, que haya querido advertir al pueblo chino, y a la juventud en particular, del peligro mortal que representa el revisionismo. La denuncia despiadada del papel desempeñado por los dirigentes soviéticos durante los últimos años, de sus maniobras, era una operación política necesaria en el momento en que se desarrollaba, en Asia, la primera gran batalla contra el imperialismo norteamericano. Eso también explica la elección del momento para la Revolución cultural.

¿Cuáles son las consecuencias previsibles? La Revolución cultural sólo está en su principio. El punto de partida sólo podía ser una operación relativamente brutal para separar a los cuadros que, dentro y fuera del Partido, habían iniciado el proceso de degeneración, que habían tomado, o tendían a tomar, "la vía del capitalismo". Es probable que el año de 1967 vea el fin de este prólogo. Vendrá en seguida un trabajo paciente de educación, de persuasión, de organización, que también tendrá dificultades y que durará largo tiempo, hasta la transformación completa de la ideología y de la cultura del pueblo chino; pues "la victoria del socialismo no es cosa de una o dos generaciones; para ser definitiva, exige de 5 a 10 generaciones, o aun más".

Las calumnias contra la Revolución cultural china sólo tienen importancia secundaria. Lo esencial es que China se vuelve cada día más fuerte, que su firmeza obliga a reflexionar a todos aquellos que no han abandonado el espíritu revolucionario, que la juventud, en fin, a la que el capitalismo y el revisionismo no ofrecen ninguna perspectiva, comprende cada vez mejor que la Revolución cultural materializa sus esperanzas.

*Traducción:* FLORA BOTTON